

JUANILLO, DAME MIS DOS REALES

Autor: Francisco Vaquerizo Moreno, de Guadalajara

1º PREMIO V Certamen de Cuentos “Villa de Cárcar”

Entre los cuentos que contaba mi abuelo alrededor de la lumbre, en aquellas interminables tardes-noches de invierno, recuerdo con especial encanto el de “Juanillo, dame mis dos reales”. Ahora, que soy mayor y ando metido en letras, considero que el título no es muy afortunado. Pero no se ocurrirá cambiarlo, porque ningún derecho tengo a enmendar a mi abuelo.

Y, aunque hay ciertos detalles que hoy se me antojan de una simplicidad y de una simpleza escandalosas, he decidido contarlos tal y como mi abuelo lo contaba. Después de todo y, simplezas aparte, la gente antigua no era tan boba ni se había criado debajo de un tomillo. Dentro de lo que cabía, eran personas con habilidad, con ingenio y con un gran sentido de la estética. No debido a preceptivas literarias ni a retóricas clásicas. Debido a su natural intuición, a su innata agudeza. Luego, además, tenían una ventaja sobre nosotros: disponían de todo el tiempo para pensar, para darles vueltas a las cosas. Muchos de ellos eran hombres de intensa vida interior. Coherentes, lógicos, deductivos. Entre estos, andaba mi abuelo.

Dando un paso adelante, hagamos la composición del lugar. Hablemos del personaje y de su entorno. El protagonista del caso se llamaba Juan y, como desde niño, fue muy poca cosa en esencia, presencia y potencia, le llamaban Juanillo. Juanillo, el de los dos reales, a partir de lo que vamos a contar. Anteriormente, Juanillo, “El garlopas”. Y, antes de meterse en el oficio de carpintero, Juanillo, el de la Sebastiana.

Vivía el dicho artesano en un pueblecito de la Sierra, al pie del Alto Rey. En realidad, malvivía porque apenas tenía trabajo. Su destreza en el arte de la carpintería dejaba mucho que desear. Su espíritu laboral tampoco era grande. Lo que más fabricaba eran ataúdes. Toda la comarca acudía al Juanillo. Eran toscos y de débil factura, pero baratos. Y, para una cosa así, lo importante era que fuesen baratos.

Este detalle es fundamental, porque la penuria económica de Juanillo está en directa relación con el meollo del cuento, que es como decir con el cuento mismo en su esencialidad. Pues el hombre, no sólo andaba ya metido en años sino también, en deudas. Deudas pequeñas, que a nosotros –insistía mi abuelo – nos parecen nonadas, tonterías, insignificancias. Para un individuo como él, en sus circunstancias concretas, eran una verdadera congoja, una preocupación de mucho cuidado.

Mi abuelo trataba de hacernos comprender que el dinero, como todo en general, tiene un valor relativo. O sea, que depende. Para uno que vive en la capital, dos reales o una peseta apenas significaban nada. Porque ese es un mundo de mayor nivel económico. Para Juanillo y los vecinos de la aldea, dos reales tenían su importancia, una peseta era ya un dinero y el dueño de un duro, capitán general. Porque el nivel económico de allí era muy bajo. La gente vivía una vida de mera subsistencia. Comía de

lo que producía y criaba, y su máxima aspiración, salvo rarísimas excepciones, era terminar el año sin pérdidas, comido por servido.

Esta pobreza general explicaba la poca demanda de trabajo que llegaba a la carpintería de Juanillo. Y cada vez menos. Los propios vecinos se arreglaban sus puertas y ventanas. Menos los ataúdes, que siempre los hacía Juanillo. A la gente le daba no sé qué hacer sus propios ataúdes. Por eso, gracias a los muertos del contorno seguía vivo nuestro hombre. Aunque cargado de deudas, como veremos en seguida.

Nuestro artesano no era de los que hablan y hablan. Más bien pecaba de callado. La vida lo había hecho taciturno, ensimismado y, en cierto modo, sombrío. O más aún que la vida, la soledad de la vida. Desde que murió su pobre madre, empezó a adolecer, a dejarse arrastrar por la tristeza y a dudar de todo. A don Fortunato, el cura de la zona, le llegó a preguntar si quitarse uno de en medio a sí mismo era pecado de los que llevan directamente a los infiernos. El sacerdote se preocupó mucho por aquello y pidió al señor Benito, su sacristán, que le echase una mano. Sabía que su sacristán era un tipo de muchos recursos. El individuo más a propósito de la aldea para reconducir a los desorientados pensamientos del infeliz Juanillo.

Pasado un tiempo, el señor Benito conocía al pie de la letra todas y cada una de las deudas que el artesano había contraído. Echando mano a su invectiva, cogió un día a Juanillo y le endosó un discurso en los siguientes o parecidos términos: “Mira, Juanillo, te voy a dar una idea, por si quieres aprovecharla, que te servirá para salir del apurado trance en que te encuentras, aquí y ahora. No se trata de cometer ningún delito. Si fuese así, un hombre de mis convicciones religiosas nunca te la propondría. En todo caso, podría ser calificada como una ocurrencia extraña, surrealista, estrambótica. Eso sí, se necesita caradura para llevarla a término. Peligro no tiene tampoco. A no ser que se complicaran mucho las cosas, que no creo que haya razón alguna para que se compliquen.

Mira, Juanillo, tú habrás comprobado mil veces, como yo, que, cuando alguien muere, los que acuden a despedirlo lo consideran y proclaman mucho más mérito de que era en realidad. Y otra reacción de la gente es mostrarse piadosa y compasiva con el finado. Hasta el punto, por lo general, de perdonarle cualquier deuda que les hubiera dejado pendiente. “¡Pobrecito! ¡Dios le haya perdonado!... A mí me debía tanto o cuanto, pero se lo perdono, más ha perdido él, el pobre”... (O ella, la pobre...) Así van, uno tras otro, diciendo en alta voz que perdonan la deuda del finado.

No, no me interrumpas, Juanillo, que ya te aclaro la duda. Antes de hacerte el muerto, dejas a dos personas de confianza el encargo de ir tomando nota de los respectivos perdones. En unas pocas horas, quedas completamente exonerado y puedes empezar desde cero. Siempre es una ventaja. En cuanto a fingir que te mueres, no hay problema. Ya estaremos al loro. El médico que viene ahora por estos pueblos es un poco despistadillo. Le gusta el morapio más que a un tonto una tiza. Ya me encargaré yo de que ni siquiera te examine.

Tal fue el discurso, que, según mi abuelo, le endilgó al Juanillo el sacristán. Por algo decían que aquel cantamisas tenía más palabras que un misal viejo. Y, claro, con un discurso tan convincente, tan redondo, tan bien montado, nadie se hubiera resistido, como no se resistió nuestro artesano. Acordaron llevar a cabo el propósito en unos

pocos días. Antes de que llegase el frío e hiciese menos apetecible meterse en este tipo de aventuras.

Hechas las diligencias que el discurso señalaba para el buen suceso del mismo, he aquí que una mañana no se abría la puerta de la carpintería de Juanillo. O, por igual decir, la puerta de la casa, ya que vivía en la parte de arriba y trabajaba (o hacía como que) en la parte baja del inmueble. Una vecina de esas que siempre están a todo menos a lo que tienen que estar, en seguida cayó en la cuenta. Era muy raro que el Juanillo no diese señales de vida –nunca mejor dicho – a punto de sonar las once.

La tía Escolástica, que así se llamaba la vecina, esperó a que pasara alguno del ayuntamiento o alguien que ella considerara persona de buen juicio. En esto que apareció el Felipe, que fuera juez de paz diez o doce años. Le explicó el caso, le hizo los cargos pertinentes y ambos a una se acercaron a la puerta para comprobar si estaba, o no, cerrada con llave. Empujaron la parte de arriba y, efectivamente, se abrió de par en par. No había mucha luz en el recinto, pero sí la suficiente para advertir la presencia de Juanillo, exánime, echado sobre las virutas en posición decúbiteo prono o ventral.

Lo de decúbiteo prono o ventral no lo decía mi abuelo. Se me ha ocurrido a mí por aquello de aportar al cuento mi granito de arena. Mi abuelo decía que estaba tirado tripa abajo. La tía Escolástica en seguida llevó por toda la aldea la noticia de que el Juanillo había muerto de muerte repentina, que el pobre, al fin, había pasado a mejor vida. (Eso a poco, pensaban muchos, porque la que llevaba era fácilmente mejorable).

El señor Benito y los dos hombres de confianza acudieron prestos a la carpintería. El sacristán, para proteger “el cadáver”, para evitar que nadie metiera las narices donde no le llamaban. Los otros, para ir tomando nota de los perdones que irían llegando. Como así fue. No faltaron muestras de alabanza y muestras de piedad. Alguno confesó perdonarle hasta dos fanegas de cebada, que le debía desde cuando tuvo gallinas y criaba un cerdo en vida de su madre. La gente, si ve que las cosas no tienen ya remedio, saca pecho y presume de generosidad.

Así fue transcurriendo el día. Un rato que se quedó solo con el sacristán, aprovechó para comer algo y aliviarse de vientre. Alguien vino diciendo que debía meterse el muerto en un ataúd y llevarlo al cementerio. Al día siguiente acudiría el forense y le haría la autopsia. Juanillo que oyó aquello se estremeció despavorido. No quiso precipitarse hasta encontrarse a solas con su oráculo, el cantamisas. Este, llegada la ocasión, le aconsejó aguantar la noche. Aunque no hacía mucho frío, le llevaría una manta. Al amanecer del día siguiente, acudiría a liberarlo. Antes de que el forense tirara de serrucho, recobraría la conciencia y daría gracias a Dios por haberlo sacado del estado cataléptico.

Mi abuelo tampoco empleaba el vocablo catalepsia o cataléptico. Él decía soponcio, que se entiende mejor y expresa con más fuerza el desvanecimiento. Total, que se cerró la noche y el pueblo se fue quedando mudo. Juanillo cogió el sueño sin ninguna dificultad y la noche fue avanzando bajo una luna inmensa que ponía en el cementerio una macabra palidez. Ajeno a palideces y a lunas, dormía nuestro improvisado difunto en su estrecho y tosco ataúd, cuando un extraño murmullo lo sobresaltó. No ganaba el pobre para sobresaltos aquel día. Empezaba a dudar si había

sido acertado tomar aquella decisión. Claro que ya ningún remedio había, ninguna posibilidad de volverse atrás.

A través de un espacio que dejaba la tapa del cajón en que yacía –nunca mejor dicho tampoco -, vio lo que jamás se hubiese imaginado. Y que no era cosa de ver todos los días. Se trataba de una banda de ladrones o bandoleros o salteadores de caminos... gentes así, que abundaban entonces en la escabrosa y enmarañada comarca. Por lo que logró oírles, venían de dar un golpe en algún pueblo limítrofe. Uno de ellos era el jefe y llevaba la voz cantante. A cualquier cosa jefe por aquí, jefe por allá. Le obedecían sin rechistar. Pues el tal jefe mandó que le vaciasen los morrales sobre una lápida que resplandecía a la suave palidez de la luna. Ya depositado el botín, fueron separando en tres montones, el dinero, las joyas y los utensilios de valor.

Hechos los apartados, el jefe de la cuadrilla mandó a uno de su confianza que dividiese en nueve montones cada uno de los tres apartados. Alguno de ellos hizo notar que eran ocho. El jefe recordó entonces que a él le correspondía ración doble. Que para eso era el jefe. Y que, si alguno no estaba conforme con la distribución, que se estableciese por su cuenta, que hiciese solo el trabajo. La ley del atraco era esa. Al menos, aclaró, en los territorios en que él había operado hasta el presente.

En esto que la noche se puso fresca y uno de los atracadores comentó que sería oportuno encender lumbre. El cementerio quedaba muy escondido. Con la Iglesia no se vería nada desde el pueblo. Dio su venia el jefe para hacer la fogata y en seguida el otro empezó a recorrer el cementerio en busca de tablas o maleza. Juanillo lo sintió cerca. Por dos veces rodeó su ataúd. A la tercera se detuvo. Juanillo intentaba aguantar la respiración y el sofoco. Tiritaba de miedo. Va a ser verdad que me encontrarán muerto a la mañana, pensaba acongojado.

Como en los cuentos pasa siempre lo que tiene que pasar, no podía pasar que Juanillo pereciese esa noche a manos de los ladrones. Cuando está de Dios que todo tenga remedio, pues lo tiene. Cuando está de Dios que todo salga a pedir de boca, pues sale. Al sentir que el intruso removía la tapa del ataúd para ver qué o quién había allí metido, Juanillo se levantó de golpe y gritó como un endemoniado: “¡Ayudadme difuntos, ahora que estamos todos juntos!”. La caja se rompió y el crujido de las tablas acentuó más todavía la sensación de levantamiento defuntorio. Juanillo repitió varias veces las dichas palabras, sin cesar de agitar la manta y dar saltos sobre la caja mortuoria.

El susto que se llevaron los bandidos fue morrocotudo, según mi abuelo. Tan grande que salieron arreando sin estarse a recoger las ganancias. Saltaron la tapia por el mismo sitio por el que habían entrado y echaron a correr, venga a correr, venga a correr, venga a correr (Aquí mi abuelo se recreaba en exceso)... Hasta que no pudieron más.

Una vez recobrada la respiración, el jefe de la cuadrilla maldijo su suerte y la suerte de sus compañeros. Luego acusó a los demás y a sí mismo de cobardes gallinas. Nadie negó las acusaciones. Reconocían que así era. Antiguamente, contaba mi abuelo, a la cosa de los difuntos se le tenía mucho respeto. Hasta los malhechores que se jugaban la vida continuamente. La creencia de que los difuntos habían dejado sus tumbas, hizo abandonar precipitadamente el cementerio a chusma tan indómita.

Mientras el jefe de los bandidos reorganizaba a su gente, Juanillo apagó la hoguera y se llevó el dinero al ataúd. Escondió entre unos rosales las joyas y demás objetos preciosos. Calculó la hora y decidió echarse a dormir un rato. El sacristán había quedado en venir al amanecer, antes de que llegase el forense. Cuando el Benito le indicase, empezaría a recobrar el conocimiento, saldría de su catalepsia y regresarían a casa.

Entonces llegó la Severina. Era una mujer muy vieja y muy tacaña. Estaba ese día en el monte y no se enteró de lo de Juanillo hasta el atardecer. Si sintió o no sintió pena por la muerte del artesano, nunca se sabrá. El hecho es que se interesó por averiguar dónde se encontraba. Le había quedado a deber dos reales y no se resignaba a perderlos. Estaba decidida a exigirselos al propio difunto. Pero no se atrevió a ir al cementerio. Lo dejó para el amanecer.

La verdad es que no amanecía aún cuando la Severina se presentó en el cementerio. Desde las verjas de la entrada alcanzó a ver cómo Juanillo recogía cosas y se metía luego en el ataúd. Incluso, le pareció oír choque de monedas. A ella se le abrió el cielo. Comprobó que Juanillo no estaba muerto y que, además, escondía por allí algún tesoro. Ningún problema tendría para cobrar sus dos reales y quién sabe si también una buena propina por no contar a nadie el descubrimiento.

El “resurrecto” se volvió a hacer el muerto cuando la Severina se arrodilló ante su tumba. (Mi abuelo no decía “resurrecto”, decía “resucitado”). La mujer golpeaba la tapa del ataúd. Ninguna respuesta. Juanillo pensaba pagarle sus dos reales, pero no antes de que apareciese el Benito. Que se aguantara. Él también llevaba lo suyo. Le dolían todos los huesos de estar allí medio encogido y completamente asustado. Que no salía de un apuro y entraba en otro mayor. En la vida se había visto así. Ni era fácil que volviera a vérselas. Ya se cuidaría él de meterse en camisas de once varas. Una y no más, Santo Tomás. Y gracias a Dios que las cosas, mal y con ella, se iban solucionando.

La vieja no cesaba de repetir, cada vez con la voz más fuerte y desgarrada: “¡Juanillo, dame mis dos reales!”. Mezclaba de vez en cuando otros improperios. Luego volvía a su canción: “¡Juanillo, dame mis dos reales!”. Esta frase, que parece una tontería, fue la clave del éxito. De no haber sido por ella, Juanillo y Severina hubiesen perdido el dinero y, probablemente, la vida. Que hubiese tenido delito la cosa. Empezar por hacerse el muerto y acabar muerto de una manera tan insólita y tan indecente.

Y lo digo porque el enviado de los bandidos llegaba entonces a las tapias del cementerio. Se encaramó y oyó que una mujer reclamaba aún sus dos reales correspondientes. El salteador que sabía, aproximadamente, la cantidad de su botín, pensó que si no había bastado para repartir a dos reales –pues alguien reclamaba su parte -, es que serían una multitud de difuntos que cualquiera se metía con ellos. Hecha semejante deducción, optó por renunciar a las ganancias y no entrar en batalla contra tal multitud de espíritus. Dio media vuelta y contó a sus compañeros lo que sabía. Ellos dieron por acertada la determinación del mensajero y huyeron a sus respectivos escondrijos.

En estas, llegó el sacristán al cementerio. Juanillo se levantó. Calmaron a la Severina dándole dos reales de vellón. Quería más. Al ver que los otros se negaban,

amenazó con denunciar a Juanillo. ¿De qué?, le preguntaba el señor Benito. En el peor de los casos, alegraría que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón.

Total, decía mi abuelo, que Juanillo, el carpintero, el sacristán y los dos hombres que había buscado como testigos, vivieron el resto de sus vidas sin dar un palo al agua, disfrutando de la riqueza que los ladrones habían dejado en el cementerio...

Y concluía mi abuelo repitiendo que aquel era el cuento de “Juanillo, dame mis dos reales”. También contaba, pero esto ya era menos creíble, que él, volviendo un año de la feria de Ayllón, pasó por el pueblo de Juanillo y se acercó a conocerlo y comprobar lo de la fortuna. En efecto, vivía como un señorito. No se había marchado a la capital porque a él le tiraba más el pueblo.